

Fortuna crítica de Ramón Acín

Manuel García Guatas

DESPUÉS de los fusilamientos de Ramón Acín y de Conchita, su esposa, en agosto del 36, una losa de miedo y de silencio manipulado fue cayendo durante muchos años sobre sus cuerpos enterrados juntos en el cementerio de Huesca, donde habían sido asesinados.

Solo sus hijas y los amigos los recordaban en la intimidad, como, por ejemplo, escribirán el médico Julián Vizcaíno –eslabón aún vivo entonces con los artistas de la generación de Ramón– sobre Goya y Acín para *Heraldo de Aragón* (17-I-1978), o Camón Aznar, que dejará testimonio en su *Perfil autobiográfico* (1984, p. 36) de cuando regresó a Zaragoza meses antes de finalizar la guerra: [...] «amigos fusilados por odios políticos. Otros muchos amigos en Jaca y Huesca –entre ellos Ramón Acín y su mujer– también sus víctimas».

Lo evocarán igualmente algunos exilados desde el otro lado del Atlántico.

Pedro Garfias, poeta, le dedicará desde México uno de los poemas de su libro *Poesías de la guerra española* (1941) que empezaba con esta elegía:

«Ramón, dos años hace que te debo / una palabra, un verso, un llanto // Dos años con la dulce pesadumbre / de este dolor a flor de párpado».

De su viaje en 1969, Max Aub recordará con sarcasmo en *La gallina ciega* (1971) –memoria y reportaje de aquella España que ya no era la suya– el trágico final que le aguardó a Ramón Acín:

«[...] los vecinos –esos terribles vecinos españoles– denunciaron a troche y moche (¡Ay, Ramón Acín, fusilado y fusilada su mujer por culpa de sus buenos vecinos de Huesca!)» (p. 273).

Tuvo que morir Franco y transcurrir los primeros años de asentamiento democrático para que se pudiera exhibir su obra, desconocida casi toda, salvo algunas esculturas como *Las Pajaritas*, diseñada para el parque de Huesca en 1929, que «se convirtió en fetiche infantil, símbolo del perdido jardín de las delicias [...] un símbolo de mi ciudad natal», como la recordará el pintor Antonio Saura en 1988, en el centenario de su nacimiento.

Este *flash-back* de la memoria nos lleva a 1934, cuando el periodista Castán Palomar publicó por primera vez en el siglo xx un *Diccionario de Aragoneses contemporáneos (1900-1934)*. Habrá que esperar casi cincuenta años a la aparición en 1980 de la *Gran Enciclopedia Aragonesa* para que tuvieran voz propia aquellos y otros muchos con biografías relevantes, entre los que se incluía –naturalmente– a Ramón Acín, ilustrado con fotografías de dos esculturas, pero sin más referencia bibliográfica que la publicación de su amigo Felipe Alaiz, al que vuelvo a referirme de nuevo.

Presentaba Castán Palomar a Ramón Acín de esta manera: «Artista polifacético e inquietado por las nuevas tendencias», para comentar con detalle desde la faceta del político militante anarquista de la CNT, que expresaba con su habitual rebeldía «en un deseo de un mundo mejor, más pródigo más humano». A pesar de que había salpicado su vida de sobresaltos políticos, los superó, decía Castán, por el humorismo de los románticos y por la creación artística, de la que señalaba los dibujos, inéditos en su mayoría y las esculturas.

Era entonces Ramón Acín un alborotador intelectual de la vida cultural en Huesca y Zaragoza y protagonista sin ambages de la modernidad; por ejemplo, cuando invitó a Gómez de la Serna a dar una conferencia sobre Goya en mayo de 1927 o compuso al año siguiente a su iniciativa un ingenioso pasquín-manifiesto en defensa del Rincón de Goya y del arquitecto García Mercadal.

En plena guerra, fue su íntimo amigo y correligionario, Felipe Alaiz, «el primer escritor anarquista español», en definición de su biógrafo y ensayista Francisco Carrasquer, quien le había dedicado una breve monografía, *Vida y muerte de Ramón Acín*, publicada en 1937 en Barcelona por las oficinas de propaganda CNT-FAI-JJ.LL. También en aquellos años de guerra, un periódico, el *Nuevo Aragón*, que se editaba en Caspe, le dedicó las páginas centrales del n° del 9 de marzo de 1937 bajo el rótulo «Recordando al maestro Acín» con cuatro homenajes de sus amigos Francisco Ponzán: «a ti Ramón, mi Maestro bueno», de Evaristo Viñuales, Miguel Chueca y José Ma-

villa, que glosaron con emoción los sugestivos planos de su personalidad. (Edición facsímil del Museo Pedagógico de Aragón, por Víctor Juan, 2009).

Desde el exilio, su gran amigo e ideólogo de la izquierda aragonesa, el profesor universitario Rafael Sánchez Ventura, escribirá en la gaceta mensual *Aragón* (México, nº 2, enero, 1944) una evocación íntima, que resumía con estas frases brotadas de las heridas en carne viva de los exilados: «matar a un hombre como Ramón Acín y matar a una mujer como su Conchita, la pareja de más altura moral e intelectual que tenía la ciudad, y matarles con tal escarnio y ferocidad, expresa la índole del régimen que impone como sistema semejantes procedimientos».

Hubo que esperar a la década de 1970 para que su nombre dejara de pronunciarse en voz baja. Yo oí hablar por primera vez de Acín a su nieta mayor, Katia, cuando estudiábamos en la Facultad. Me contó un día que a su abuelo, pintor y profesor, lo habían fusilado en Huesca y a su abuela también. Debo confesar que aquella confidencia me sacudió. Cuando en 1976 publiqué *Pintura y arte aragonés (1885-1951)* –la introducción de la tesis doctoral–, no dudé en incluir varias noticias de hemeroteca sobre Acín, bien cuando la muerte de su maestro el pintor Félix Lafuente, o en relación con los artistas de su generación como Honorio García Condoy, González Bernal, García Mercadal, etc. Pero poco más sabía yo entonces de su vida.

Tres años más tarde, Federico Torralba en su breve publicación *Pintura contemporánea aragonesa*, Zaragoza (Guara editorial, 1979) incluía en un párrafo a Acín entre los pintores aragoneses de la versión cubista más atemperada, a juzgar por las obras que había expuesto y llegó a ver en el Rincón de Goya en 1930.

La primera exposición antológica fue un sorprendente descubrimiento. Con el título de «Exposición de Ramón Acín (1888-1936)» reunió 92 obras, inventariadas por primera vez con la ayuda atenta y emocionada de sus hijas, Katia y Sol. Fue organizada por el Instituto de Estudios Altoaragoneses y tuvo lugar en 1982, en el entonces llamado Museo del Alto Aragón. A su inauguración, el 25 de noviembre, asistieron las autoridades locales y provinciales. Lo entendimos como un reconocimiento público y el comienzo de la exhumación de su memoria en aquellos años de la transición democrática. Así lo expresamos los que escribimos en el pequeño catálogo ilustrado (casi un folleto) que vuelvo a escribir y entonces lo hice como comisario, el crítico de arte y director de aquel museo Félix Ferrer y el circunspecto historiador Federico Balaguer, que lo conoció y apreció en su dimensión de compromiso humano y resumió en estas frases sinceras con las que concluía su semblanza:

«Un cálido día de agosto de 1936, Ramón Acín era fusilado. Terminaba así su lucha, no por el poder, sino contra el poder. Una muerte serena que nos invita a preferir caer como víctimas, antes que convertirnos en verdugos».

Por primera vez en su vida, Katia, la hija mayor, respondía a una entrevista sobre su padre en el periódico de Huesca, el entonces *Nueva España* (aún con esta cabecera del régimen franquista, 16-xii-1982) que remataba con una pregunta que siendo niñas le hicieron a su padre: «En una ocasión le preguntamos a qué se debía su pensamiento volcado en una constante inquietud por las injusticias sociales y nos dijo: “Cuando todos los niños puedan veranear como vosotras, me sentiré satisfecho”».

Enseguida se había sumado desde las páginas dominicales del periódico zaragozano *El Día* (12-xii-1982) el poeta y pintor Antonio Fernández Molina a este descubrimiento-reconocimiento de «la singularmente atractiva figura de Ramón Acín, uno de los más importantes artistas que Aragón ha dado en una época en la que aportó a la cultura y al arte figuras como la de Benjamín Jarnés, Sender, Luis y Alfonso Buñuel, Javier Ciria, Tomás Seral y Casas, Silvio Kossti, Federico Comps, González Bernal...».

También se hizo eco a continuación desde Barcelona la periodista Bárbara Zoller en un amplio reportaje sobre la exposición en *La Vanguardia* (nº del dominical de 10 de enero de 1983) bajo el título «Ramón Acín. 40 años bajo los escombros», acompañado de seis ilustraciones a color. Lo encabezó con estos dos versos, a modo de una ofrenda, de su hija Sol: «Sencillo es el silencio / que cojo con la mano». Comentaba como rasgo destacado de la personalidad estética de Acín que nunca le preocupó el acabado de sus óleos porque le interesaba más lo instantáneo y la observación de lo que sucedía a su alrededor; de ahí los numerosos apuntes como vivero de ideas y proyectos.

Sin lugar a dudas, han sido las exposiciones antológicas dedicadas a Ramón Acín o la incorporación de sus obras a otras monográficas las que de modo más completo han contribuido a su conocimiento y fortuna crítica.

De estas últimas, quiero recordar una exposición memorable, organizada por el Gobierno de Aragón y el Ayuntamiento de Zaragoza, que se exhibió en La Lonja, entre abril y julio de 1995, titulada «Luces de la ciudad. Arte y cultura en Zaragoza 1914-1936», en la que se situó a Acín y sus obras justamente en el contexto de aquella pléyade de artistas, arquitectos, escritores y la inefable intérprete pianista Pilar Bayona, que trajeron la modernidad de un tiempo nuevo a Zaragoza y Huesca, reunidas sus biografías y obras en un catálogo que ha pasado a la posteridad como impagable testimonio generacional y ejemplo del buen hacer institucional en los noventa.

En buena medida, la publicación de un joven jacetano, Miguel Bandrés, que se había licenciado en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Barcelona con una tesis sobre *La obra artigráfica de Ramón Acín: 1911-1936*, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987, vino a ser el complemento documental biográfico de Acín y del catálogo artístico de la exposición al reunir en su tesis de licenciatura un extenso corpus documental de los textos publicados en periódicos y revistas y el origen de la publicación más ambiciosa, veintiocho años después, *Ramón Acín toma la palabra. Edición anotada de los escritos (1913-1936)*, por Carlos Mas y Emilio Casanova, a la que volveré más adelante.

La efímera revista de cultura *Caracola*, creada por dos graduados de la Escuela de Magisterio de Zaragoza, Carlos Grasa y Fernando Lasheras, que ha perseverado este segundo en esta línea de diseño editorial, invitaron a Miguel Bandrés a escribir para el n° 1, de marzo de 1987, presentado por el que ahora escribe esta crónica, un resumen biográfico, literario y artístico de Acín, que maquetaron con depurada intención estética.

La Universidad de Zaragoza acordó en 1986 dar el nombre de Ramón Acín al Colegio Mayor Universitario de Huesca, edificado en el centro histórico, cerca de la casa solariega de los Ena donde vivieron Ramón y su familia, que recibía los primeros alumnos en el comienzo del curso del año siguiente.

La siguiente y mucho más extensa exposición fue la que patrocinaron las diputaciones provinciales de Huesca y Zaragoza en 1988 con motivo del centenario de su nacimiento, de la que fui comisario y para cuyo catálogo «Ramón Acín 1888-1936», que reunió 323 obras y documentos fotográficos, escribieron su hija Sol, los antiguos amigos –de ideologías tan opuestas, Federico Balaguer y Félix Carrasquer– y una nueva generación de intérpretes de la historia como Carlos Forcadell y José-Carlos Mainer o Miguel Bandrés y el pintor Antonio Saura, con una personal semblanza de sus facetas biográficas y una evocación poética de la escultura de *Las Pajaritas* de su infancia.

La exposición, que se celebró en el palacio de Sástago de la Diputación de Zaragoza, viajó en marzo del año siguiente a Barcelona, a iniciativa de su ayuntamiento, que le reservó el espacio de la capilla del antiguo Hospital de la Santa Cruz y San Pablo.

La prensa fue de nuevo el medio más completo de divulgación de la personalidad y obra de Acín, quien siempre la tuvo en consideración como un instrumento óptimo para la difusión de sus ideales. Ahora lo harán, como vamos a ver, un viejo correligionario y jóvenes escritores aragoneses.

El pedagogo, de ideario libertario, sucesivamente encarcelado y dos veces exilado, Félix Carrasquer, lo evocó con emoción desde su ceguera en varias ocasiones. En febrero de 1983, en el periódico barbastrense *Zimbel*, bajo el título «Un altoaragonés olvidado. En el homenaje a Ramón Acín», por su reciente antológica, del que destacaba tres rasgos imborrables para él: «su reflexión ponderada, su inalterable serenidad y su tolerancia dialogante». Luego evocará en «Rememorando al gran Ramón Acín», a página entera en el *Diario del Alto Aragón* (nº 15-V-1988) cuando lo conoció por primera vez, siendo un niño, acompañando a su padre desde Albalate de Cinca a unas fiestas de San Lorenzo y en otros encuentros posteriores.

Félix Romeo y Antón Castro dedicarán el suplemento cultural dominical de *El Día de Aragón* (nº 13-XI-1988) a Ramón Acín y a «El Jardín sombrío de Sol Acín», respectivamente. Antonio Saura publicará con el título «Las Pajaritas de Ramón Acín» en el diario *El País* (18-III-1989) el texto que había escrito para el catálogo de la exposición que se presentaba en Barcelona.

En el estudio de síntesis sobre *Focos del surrealismo español. Artistas aragoneses (1929-1991)* (Zaragoza, Mira editores, 1992), Manuel Pérez Lizano dedicaba a Acín un amplio comentario de sus obras surrealistas que consideraba a la altura de las de sus compañeros de generación. Sin reticencia alguna, Pérez-Lizano resumía de este modo sincopado su entusiasmo: «Acín es asombroso. Nace, con seguridad, antes de tiempo. Su inquietud, su interés por atrapar lo recóndito, su entrega al ser humano, –siempre al límite».

Indudablemente, el efecto difusor de la obra de Acín que tuvo aquella exposición antológica de 1988 y su evocador catálogo contribuyeron a dar a conocerla con argumentos revisados y adecuados a su época. Un buen ejemplo fue la publicación de Juan Manuel Bonet: *Diccionario de las vanguardias en España (1907-1936)*, Madrid, Alianza Editorial, 1995. Ramón Acín encontraba en este singular diccionario la voz apropiada de su biografía en sintonía con las de los creadores de su generación, acompañada de una breve selección de citas de sus obras.

Un interesante avance en el modelado de su biografía lo aportó la investigadora Sonia Torres Planells: *Ramón Acín. Una estética anarquista y de vanguardia*, Barcelona, Virus, 1998, al poner el énfasis en este enfoque político que había configurado gran parte de su actividad artística.

La tercera exposición que llevó como título escueto, a modo de un epitafio, «Ramón Acín», fue la que patrocinó el Gobierno de Aragón en 2003, dedicándole los espacios centrales del Museo de Zaragoza durante los meses de mayo y junio. El núcleo principal de

las obras expuestas –95– era prácticamente el mismo que el de la exposición de hacía quince años. Fue su comisaria Concha Lomba y variada será la colaboración de autores en el catálogo, de gran formato, que encabezaba la comisaria, con García Guatas, Ernesto Arce, Miguel Bandrés, Mercè Ibarz, Carlos Forcadell, Rubén Pérez (con un completísimo repertorio de la bibliografía sobre Acín, antes y después de 1936) y el pintor Ignacio Guelbenzu.

Dos años antes, en octubre de 2001, se había presentado en las salas del centro de la UNED de Barbastro, coincidiendo con la inauguración del curso académico, una entrañable exposición: «Ramón Acín – Katia Acín. En familia». Se confrontaban obras de Ramón (xilografías, dibujos y pinturas) con las de su hija (linóleos y aguafuertes), quien después de haberse jubilado de la docencia decidió matricularse en la Facultad de Bellas Artes de Barcelona, para dedicarse al grabado y realizar varias exposiciones en Tarragona y Huesca. Los dos folletos del catálogo, unidos en una sencilla carpeta común con las Pajaritas troqueladas en la cubierta, fue diseño de la comisaria de la exposición, María Jesús Buil, con un texto suyo, de M. García Guatas: «Memoria y semilla de Ramón Acín» y de la licenciada Clara Abós, dedicado a Katia.

A esta cita familiar no podía faltar Sol, la hija segunda de Ramón, docente y poeta, quien, con la discreción que configuró su vida, no se asomará a la prensa más que en un par de ocasiones (que yo sepa), para referirse a su padre. En 1983, en un artículo, «Adiós a nuestro amigo Luis Buñuel», para el periódico mensual barbastrense *Zimbel* (nº de septiembre), donde escribió un simpático recuerdo de la despedida en la Puerta del Sol saliendo en coche hacia Las Hurdes Buñuel y su padre y el reencuentro, cuarenta años después con el cineasta en un hotel de Zaragoza, que completará seis años más tarde con una entrevista en *Heraldo de Aragón* (dominical del 22 de enero de 1989): «Mi padre me enseñó a jugar». Fue –reconocía– una infancia privilegiada la de las dos hermanas, pero quebrada brutalmente por el asesinato de sus padres, que, con once años recién cumplidos, lloró sin consuelo: «Era una vida muy llena de estímulos y de cariño y que se desarrolló como un juego continuo». Al final destaca el rasgo definitorio de la vida de su padre como político: «Se movía dentro de la idea más pura del anarquismo como recuperación del ser humano en su totalidad y el desarrollo de la personalidad de cada cual».

La cuarta exposición dedicada a Acín, en el ciento veinticinco aniversario de su nacimiento, tuvo lugar recientemente, entre el 30 de agosto de 2013 y el 16 de febrero de 2014. Se montó en salas del edificio medieval del Museo de Huesca con una distribución que se salía de las secuencias cronológicas habituales. Fue un brillante

trabajo de Víctor Pardo para el que buscó un título que incidiera en la dimensión integral de la actividad de «Ramón Acín. Geometría del hombre sin aristas». No se editó catálogo de la misma, pero, sin embargo, el Instituto de Estudios Altoaragoneses, desde donde se había promovido esta exposición, dedicó la «Sección temática» del n° 123 de 2013 de la revista *Argensola*, a modo de monografía, a la efeméride de Ramón Acín y a la exposición. Escribieron la directora de la revista, María Celia Fontán, el del IEA, Fernando Alvira: «En el 125° aniversario de Ramón Acín: recuerdo de su maestro Félix Lafuente», el catedrático de Literatura José Luis Calvo Carilla: «Ramón Acín en su obra literaria», el director del Museo Pedagógico de Aragón, Víctor Juan Borroy: «Un predicador en el desierto: Ramón Acín, pedagogo» y el comisario de la exposición, Víctor Pardo: «Geometría de Ramón Acín».

Incluía obras nuevas, descubiertas casualmente por sus nietas, ocultas en una caja de madera, que había servido de pedestal de un mueble en la casona de La Pobla de Montornés. El mismo Víctor Pardo dará cuenta en un reportaje a cuatro páginas en el suplemento «Artes y Letras» de *Heraldo de Aragón* (n° 4-III-2004). Una buena parte de aquellas pinturas, dibujos, impresos y otros papeles fue seleccionada por el que esto escribe a petición del Gobierno de Aragón para adquirirlas a la familia e incorporarlas al fondo ya existente en el Museo de Huesca.

Entre tanto, se han ido produciendo avances específicos en la investigación y difusión de las obras y actividades artísticas y pedagógicas de Acín, desde la perspectiva de la cultura de los años veinte y treinta. A veces es laborioso hallar esas referencias bibliográficas, dispersas en publicaciones de revistas ya extintas o capítulos de libros.

El «mensual aragonés de análisis, opinión y cultura» *Trébede* dedicó un completo número monográfico (mayo-junio de 2003) a Ramón Acín, que presidía la portada su retrato, por el pintor Pepe Cerdá. Colaboró un variado repertorio de autores, habituales la mayoría en los estudios sobre su biografía, pensamiento y obra, como F. Carrasquer, Lomba, Fernández Molina, Bandrés, Dueñas, Sesma Landrín, Sebastián Gertrúdx Romero de Ávila, Joaquín Monrás Sender, Víctor Pardo (con una extensa entrevista a Katia Acín), Buil y Lou-Casanova. La excelente presentación iba acompañada de inéditas fotos familiares de Acín y de textos escogidos, como el de Sánchez Ventura, o escritos ahora ex profeso.

Es el caso del estudio de la iconografía y significado de la escultura de *Las Pajaritas* que diseñó Acín para el parque de Huesca. El título, un tanto críptico, con que lo presenté en la revista trimestral de estética y cultura *La balsa de la Medusa* (Madrid, 2000,

nº 53-54, pp. 63-75): «La Pájara Pinta bajó al parque», se refería al núcleo del significado de esa pareja de pajaritas, realizadas en chapa con las dobleces de la papiroflexia. Pues, como ya había analizado la investigadora M^a José Calvo, no se trataba de un monumento a esta técnica como se venía diciendo, sino de un símbolo de los juegos infantiles en los que se cantaban en corro canciones populares que en los años veinte había reunido y puso música de piano Oscar Esplá con este título de la Pájara Pinta y poco después, en 1925, Alberti convertirá en la piececilla de teatro de fantasía «Guirigay lírico-bufo-bailable», expresión de los juegos de los niños para los que Acín había reservado esa zona del nuevo parque oscense.

Un avance muy oportuno en el conocimiento de la afición de Ramón Acín por las técnicas del grabado xilográfico y litográfico fue el trabajo de la doctora en Historia del Arte, Belén Bueno Petisme, quien con el título «Ramón Acín Aquilué: grabador», publicó en la revista *Artigrama* del Departamento de Historia del Arte en 2007 (nº 22, pp. 719-740). La autora subrayaba la afición de Acín por experimentar las técnicas relacionadas con la imprenta, *estrechamente unidas a su faceta como educador*, por lo que recordaba el llamado método Freinet, del que este pedagogo de maestras y maestros fue un entusiasta propagandista de esta práctica con elementales imprentas para ser usadas en las escuelas como instrumentos participativos y creativos.

Con el título «Goya, en el ojo de la modernidad» abordé la toma de posición estética de Acín a raíz de la conmemoración del centenario de la muerte de Goya en 1928, que proponía la Junta organizadora y a la que se opusieron algunos artistas, entre ellos el arquitecto García Mercadal con su edificio del Rincón de Goya, levantado en el entonces parque nuevo de Zaragoza (donde, restaurado, todavía puede verse), del que Acín fue un ferviente defensor con el nombrado manifiesto-pasquín de composición tipográfica dadaísta. Se publicaron este raro ejemplar y dicho artículo en la revista de arte *Goya* (nº de julio-septiembre de 2012, pp. 254-269). La comisión asesora de esta veterana publicación eligió –excepcionalmente– para la portada de este número una obra de arte del siglo xx, como fue el cartel diseñado por Acín para su exposición en mayo de 1930 en el Rincón de Goya.

Una innovadora aportación a la difusión de la biografía, de documentos manuscritos y fotográficos de Acín fue el DVD interactivo (para servidores pc), creado por Emilio Casanova y Jesús Lou, que titularon *Ramón Acín. La línea sentida*, feliz definición tomada del crítico Manuel Abril con la que resumía su obra expuesta en 1931. Fue editado en 2004 por el Gobierno de Aragón y la Diputación de Huesca. Va incluido el DVD en un bonito librito-estuche

con textos de los autores: «Ramón Acín, el hombre indivisible» y de M. García Guatas: «Ramón Acín en sus documentos visuales», y una relación de 470 dibujos, 186 pinturas, más de 2000 apuntes, bocetos y pequeños álbumes y 109 archivos de imágenes sobre esculturas, etc. En fin, un banco de datos biográficos sin precedentes, presentados con la versatilidad que permite el uso de estas publicaciones de tratamiento informático.

Si la obra artística de Acín ya estaba a estas alturas bien catalogada y presentada, faltaba su abundante producción literaria en prensa y revistas. Ya he anticipado que permanecía inédito todo el corpus artigráfico que en 1987 había reunido Miguel Bandrés. Ahora, veintiocho años después, lograron completarlo hasta ciento cincuenta y cinco documentos, dispersos en prensa y revistas de Huesca, Barcelona y Zaragoza, que en 2015 prepararon para la imprenta Carlos Mas y Emilio Casanova con el patrocinio de la Fundación Ramón y Katia Acín. El título: *Ramón Acín toma la palabra. Edición anotada de los escritos (1913-1936)* daba referencia cabal a una elegante maquetación del profesional Fernando Lasheras, que condensó el simbolismo de las pajaritas en libertad, fuera de la jaula, iconografía tan querida para Acín, sobre los colores rojo y negro libertarios. Se acompaña de cuatro estudios especializados de José Domingo Dueñas: «El verbo cordial: La escritura de un artista comprometido», José Luis Ledesma Vera: «El hombre ante el mundo y la política», Ismael Grasa: «La Florencia de Ramón Acín» y Víctor Pardo: «Una casona en la vieja ciudad amurallada».

Tituló José-Carlos Mainer «Para recordar a Ramón Acín Aquilué (1888-1936)» un extenso comentario analítico en la *Revista de Libros* (Madrid, nº digital del 2-xi-2015), como ya lo había hecho varias décadas antes en su libro *Letras aragonesas (siglos XIX y XX)* (Zaragoza, 1989, pp. 161-168) en un capítulo propio: «El periodista Ramón Acín (1888-1936)», para comentar una selección de los artículos reunidos por Bandrés, poniéndolos en relación con la prosa de urgencia de pintores-escritores de su tiempo como Gutiérrez Solana, Castelao, Gómez de la Serna o Moreno Villa.

Un final sorprendente, como inesperado testimonio sobre la imagen de Ramón Acín, es el que le imprimió el escritor oscense Miguel Carcasona a un cuento, «Elvira», incluido en su libro de historias monegrinas *Esquirlas del espejo*, (2006), primer premio de Narrativa Santa Isabel de Aragón, de la Diputación Provincial de Zaragoza.

Solo los párrafos finales tienen que ver, inesperadamente, con Acín, a partir de una foto en una biografía tan bien imaginada que parece real, en la que los ojos de un militar, padre de Elvira, destinado en Huesca durante la guerra, que ha visto el narrador en

la casa de la amnésica Elvira, vuelven a mirarle con idéntico brillo altivo en otra foto más siniestra, recreada así para el relato: «acompañados por media docena de tipos armados, algunos con el mismo uniforme y otros con una camisa que intuía azul, cruzada por correaes. El pie de foto informaba que se trataba de la detención de Ramón Acín, exhibido como trofeo de caza, y que, por alguna oscura razón, seguramente ligada a la misoginia propia de los falangistas, habían excluido de la imagen a Conchita Monrás, la mujer del artista, detenida a la vez –en realidad, utilizada como reclamo para su captura– y fusilada también».

Con este final novelado, el autor nos devuelve sin haberlo pretendido al comienzo de la historia real de aquellas detenciones y asesinatos que creían sepultados para la memoria, pero que la realidad –siempre terca– ha ido exhumando a lo largo de estas y muchas más secuencias de investigaciones, estudios y exposiciones de su obra y del descubrimiento, sobre todo, del ejemplo moral de su autor.

En esta línea de recreación histórica, se presentaba en la primavera de este año el cómic *La bondad y la ira (Últimas horas de Ramón Acín)*, del que son autores Juan Pérez (guion) y Daniel Viñuales (dibujos en blanco y negro), (GP Ediciones, Zaragoza, 2016), que concentran el relato de las imágenes en los días precedentes a los fusilamientos de los capitanes Galán y García Hernández y, seis años después, en estas dramáticas horas de su amigo Acín.

Cuando en este verano de 2016 pongo punto final a esta reseña crítica sobre la obra de Acín, el estudioso de su biografía artística y literaria, que es el profesor Carlos Mas, está preparando una exposición entrañable que con el título *Ramón y Katia Acín: El arte contra la violencia*, haciendo coincidir su presentación en el Instituto Aragonés de Arte y Cultura Contemporáneos de Zaragoza con la fatídica fecha del 6 de agosto cuando hace ochenta años fue fusilado. Siguiendo el pleno sentido del título, el comisario ha querido confrontar la obra del padre y de la hija mayor (grabadora) en cuatro secuencias o capítulos de esta historia familiar que ha sobrevivido por la memoria reivindicada y la creación artística: «Negra noche», «La estética de la víctima», «La Luz» y «Revolución social y pedagógica», pues ambos ejercieron también la enseñanza en tiempos bien distintos.